

“De cómo murió el chilote Otey”: Testimonio de una frontera desangrada en la década del ‘20*

“De cómo murió el Chilote Otey”:

Testimony of a bled Border in the Decade of ‘20

Mariela Rodríguez**

Resumen

En el presente cuento, Coloane evoca la historia de Otey, un sujeto subalterno dentro del grupo subalterno, doblemente discriminado: por ser trabajador rural y por haber nacido en Chiloé. Este relato ficcionalizado cuestiona la versión oficial de la historia argentina sobre las huelgas

* Este artículo es una reelaboración parcial de mi tesis de maestría titulada “Retratos Chilotes: Construyendo identidades a través de la literatura patagónica”, University of Notre Dame (Estados Unidos), bajo la dirección de la Dra. María Rosa Olivera-Williams y la codirección de la Dra. Claudia Briones; esta investigación fue realizada, además, como becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) de Argentina.

** Colombres 1591, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: mer34@georgetown.edu

de la Patagonia en la década del ‘20 y, al mismo tiempo, presiona a la categoría “pionero” para incluir dentro de la misma a aquellos seres humanos negados, silenciados y asesinados en nombre de la paz, la civilización y el progreso. La frontera se asemeja en el cuento a un espacio físico y social abierto, o bien intercomunicado en sus fisuras e intersticios; espacio que observaré desde una perspectiva tridimensional que incluye el punto de vista geopolítico, social y económico.

Palabras clave: Patagonia, Huelgas, Fronteras, Liminalidad, Communitas.

Abstract

In the present story, Coloane evokes the history of Otey, a subaltern subject within subaltern groups who is discriminated against doubly: because he was born in Chiloé and is a rural worker. This account questions Argentinean history’s official version about the strikes in Patagonia during the 1920’s. At the same time, it tries to expand the category “pioneer” in order to include those human beings neglected, silenced and murdered in the name of peace, civilization and progress. In the story, the frontier looks like a materially and a socially porous space, communication passing through its fissures and gaps. In this work, I will observe the aforementioned space considering a three-dimensional perspective that includes geopolitical, social and economical points of view.

Keywords: Patagonia, Strikes, Borders, Liminality, Communitas.

Contar una historia es levantarse en armas contra la amenaza del tiempo, resistirse al tiempo o dominarlo. Contar una historia preserva al narrador del olvido; una historia construye la identidad del narrador y el legado que dejará al futuro.

Alessandro Portelli (1993: 195).

Introducción

En el cuento “De cómo murió el chilote Otey”¹ de Francisco Coloane (Chiloé, 1910 - Santiago, 2002)² se presenta una versión ficcionalizada de la represión y masacre perpetrada contra los peones rurales de la provincia de Santa Cruz por el ejército argentino, durante las huelgas de la década del ‘20, a partir de la experiencia de Bernardo Otey; un sujeto subalterno dentro del grupo subalterno, doblemente discriminado, por desempeñarse como trabajador rural y

por haber nacido en Chiloé. En los primeros párrafos intentaré contextualizar esta narrativa dentro de su género literario, de los aspectos autobiográficos del autor y del marco sociohistórico y sociopolítico en el que se desarrolla la trama. Luego, a partir de propuestas teóricas aportadas por la antropología, concentraré mi atención sobre el desarrollo de la reunión que Coloane presenta como la última asamblea y la descripción que realiza del enfrentamiento final con el ejército. La unidad propiciada durante las huelgas permite la emergencia de un momento de *communitas*; es decir, una situación emocional intensa de experiencia identitaria, cohesión y fraternidad horizontal que en el relato es interrumpida en dos oportunidades: por la traición de uno de los compañeros y por la marcación de los participantes de acuerdo a la nacionalidad³. En la asamblea se debía tomar una decisión concluyente: acordar quiénes se quedarían a enfrentar las huestes de Varela y quiénes podrían salvar su vida cruzando la frontera hacia Chile. La frontera es vivida por Coloane como un espacio físico y social abierto o, al menos, intercomunicado en sus fisuras e intersticios. Las implicaciones de esta frontera —observada desde una perspectiva tridimensional en la que incluiré aspectos geopolíticos, sociales y económicos— constituirá el tercer punto del presente trabajo.

¹ Cfr. 1993: 93-110. El texto se puede encontrar en la siguiente dirección: <http://www.letras.s5.com/coloane020702.htm>

² Luis Alberto Mansilla inscribe a Coloane como “una de las principales figuras de la generación del ‘38” gracias al éxito que obtuvo, especialmente, con *El último grumete de la Baquedano*, *Los Conquistadores de la Antártida* y *Cabo de Hornos* (1996:8). Aunque Coloane recibió el premio nacional de literatura en el año 1964, sus narraciones quedaron relegadas al ámbito escolar, catalogadas como “simples, sin demasiada erudición”. En la introducción a los *Cuentos completos*, José María Guelbenzu defiende esta literatura de aquellas voces que la acusan de ser “un tanto primitiva” diciendo que “Coloane realiza uno de los ejercicios más difíciles del estilismo: operar con extrema concisión” (1999: 12). En los últimos años, el interés de ciertos círculos franceses en su obra reavivó la relectura de sus textos desde otra perspectiva y, a su vez, la inminente aproximación de la muerte, lo colocó —luego de los noventa años de edad— en la posición de “mito viviente”, receptáculo de homenajes diversos. El fallecimiento del “amigo de Neruda”, del narrador que denunció las injusticias padecidas por los trabajadores migrantes de la Patagonia y llamó la atención sobre la isla que Santiago abandonó al olvido o al exotismo cierra un capítulo: el de un Chile comprometido con las reivindicaciones sociales; un Chile lejano, desaparecido.

³ Quisiera agradecer a Gastón Gordillo por la lectura minuciosa que realizó del primer borrador de este trabajo. Sus comentarios fueron un importante incentivo para reorientar el análisis y buscar nueva bibliografía sobre el proceso de *communitas* y los ritos de paso.

La huelga ficcionalizada

Horacio Quiroga manifiesta que “el hombre contará siempre, por ser el cuento la forma natural, normal e irremplazable de contar”. En el Decálogo del perfecto cuentista se refiere al género con palabras vinculadas al movimiento, al golpe contundente, escalofriante y compara la tensión que emana de la “emoción creadora” con una “corriente eléctrica” o con “una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco” (1987: 35-36). “De cómo murió el chilote Otey” comienza con un párrafo cargado con la fuerza a la que refiere Quiroga. En este párrafo inicial Coloane introduce una situación de tensión y, simultáneamente, presenta el escenario en el que se desarrollará la trama: “Alrededor de novecientos hombres se reunieron a deliberar en la Meseta de la Turba; eran los que quedaban en pie, de los cinco mil que tomaron parte del levantamiento obrero del territorio de Santa Cruz, en la Patagonia” (1999: 93)⁴.

⁴ El cuento está dividido en dos partes: la primera refiere a la reunión de los novecientos obreros en la Meseta de la Turba y concluye con la decisión del chilote Otey de quedarse a enfrentar al ejército; la segunda narra el combate, los fusilamientos y la huida del testigo que dio a conocer los detalles de los acontecimientos. El cuento comienza in medias res, y tanto éste como su final presentan situaciones de tensión. Oldrich Belic, en la introducción del libro, sugiere que el cuento comienza con una crisis y termina con una catástrofe y, debido a que tiene dos cumbres o ápices, sostiene que es un cuento bi-apical mediado por un largo diálogo a través del cual el narrador ofrece pistas sobre el personaje y sobre el contexto de las huelgas. Según Belic, esta exposición retrasada construida sobre un diálogo constituye el momento clave de la estructura narrativa, un momento de relajamiento falso que lleva a aumentar la tensión. La exposición retrasada, sostiene el autor, “es el medio principal de concentración o condensación artística; y nos permite caracterizar el arte de Coloane como arte ‘elíptico’” (1993: 11).

En la cita precedente podemos observar que el enunciado “los que quedaban en pie” junto al contraste entre ambas cifras (novecientos y cinco mil) remiten a un campo semántico vinculado a la muerte o, más precisamente, al asesinato. A su vez, la elección del pretérito imperfecto para el verbo “quedar” genera incertidumbre acerca del destino de los novecientos sobrevivientes e instala al lector en el marco de un proceso cuyo desenlace resulta desconocido. El cuento de Coloane parecería seguir los pasos delineados por Quiroga en su decálogo. Éste último ofrece algunos consejos para los escritores interesados en contar historias e interpela al destinatario de las recomendaciones de la siguiente manera:

Toma a tus personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto como una verdad absoluta aunque no lo sea... Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida en el cuento (34)

El relato aquí analizado parecería seguir estas recomendaciones al pie de la letra. El estilo narrativo de Coloane no sólo resultaría familiar y comprensible en ese “pequeño ambiente”, sino que, además, reemplaza el “como si” —la experiencia de un personaje virtual— con fragmentos biográficos de situaciones cotidianas efectivamente vividas por el autor. En sus memorias, Coloane explica con su propia voz cómo conoció los sucesos ocurridos en las huelgas y desliza una crítica a las elipsis de las narrativas históricas dominantes: “escuché los relatos de

trabajadores ganaderos sobre masacres... [y] registré algunos de los episodios que la historia oficial ignora o refleja muy débilmente” (cfr. Vidal, 1991: 207). Previamente, sus vínculos personales en Punta Arenas —la ciudad a la que se trasladó en su adolescencia— ya le habían permitido acceder a ciertos detalles:

Yo llegué a Magallanes cuando tenía trece años y alcancé a saber cosas de Puerto Aisén y Puerto Natales. Me tocó encontrarme con amigos que habían luchado en esa huelga. Tengo un amigo, Pedro Arentsen, quien tenía catorce años cuando anduvo en toda la Huelga Grande. Anduvo con los huelguistas. Con Pedro solíamos pasar ante un árbol: al pie de ese gran roble fueron sepultados catorce huelguistas, fusilados por el coronel Varela. Allí hay un letrero que reza: “Aquí yacen catorce obreros por defender su causa” (cfr. Vidal, 1991 82).

El fusilamiento de los huelguistas dejó heridas en la memoria colectiva de los habitantes del extremo sur. Todavía hoy se escuchan anécdotas que refieren a aquél acontecimiento y, al igual que en la cita, nunca falta algún transeúnte dispuesto a develar los lugares en los que ocurrieron los hechos. Aunque resultaría bastante difícil encontrar testigos oculares del suceso en esta época, los relatos han sobrevivido, transmitidos oralmente, contados una y otra vez, re-creados para audiencias diversas generando particulares ejecuciones y dramatizaciones. “De cómo murió el chilote Otey” es una versión que, según expresa su autor, fue narrada por el único testigo que logró escapar. Esta historia llegó a sus oídos en su juventud, cuando trabajaba en estancias de Tierra del Fuego, de la Región de Magallanes y en lo que actualmente es la

provincia de Santa Cruz⁵. Quedó alojado en su memoria hasta que lo traspuso al papel, para lo cual —al igual que los enunciadores de cada una de las instancias narrativas que le precedieron— tuvo que explorar entre sus recuerdos para recuperar lo que había escuchado, seleccionar los hechos, disponerlos en un orden estratégico, calificarlos y elegir el tono apropiado.

De acuerdo con Quiroga, hay una continuidad entre oralidad y escritura; entre un relato dirigido hacia los oyentes y otro cuyo destinatario son lectores individuales. Así, explica que “el cuento literario . . . consta de los mismos elementos sucintos del cuento oral, y como éste, el relato de una historia bastante interesante y suficientemente breve para que absorba toda nuestra tensión” (34-35). Contar y escuchar historias —con pretensiones de realidad o ficticias— produce una suerte de fascinación tanto para el narrador (erigido como centro de atención) como para el narratario, una conexión con las vivencias pasadas pero también con la fantasía. Narrar es un modo de crear otra realidad, de acceder a lo imposible, a lo pasado, a lo deseado o a lo que no se puede olvidar. Si bien el cuento no coincide con los documentos de tipo

⁵ En Julio del 2001 tuve la oportunidad de conocer a Francisco Coloane gracias a la amabilidad de su hijo, también llamado Francisco, y de su esposa Eliana. Mi objetivo era tratar de obtener información acerca de este cuento: cuándo había escuchado el relato, dónde, en qué circunstancias. También me interesaba conversar acerca de su experiencia como trabajador rural en la Patagonia y sobre las consecuencias de ser chilote en aquél contexto. Lamentablemente, Francisco ya había vivido demasiado, estaba cansado y no sentía ganas de hablar con una extraña. Eliana fue muy amable, le pidió que me dedicara uno de sus libros y me contó que su esposo tenía pesadillas en las que sentía que la oscuridad y los seres mitológicos chilotes lo atrapaban. Así se despidió de los suyos...

histórico, resulta interesante la estrategia discursiva de Coloane para presentar la información. Al elegir el formato testimonial le otorga a la narración un marco de verosimilitud y permite leerla como un hecho fáctico que efectivamente se desarrolló de la manera por él expuesta⁶.

Los relatos testimoniales están centrados en acontecimientos externos que dejaron alguna huella indeleble en la memoria de la víctima, marcas vinculada —en la mayor parte de los casos— con experiencias violentas que pudieron haber ocurrido en cualquier momento de la vida desencadenando un trauma. Aunque quienes ofrecen su testimonio son sujetos concretos, tales relatos remiten a historias colectivas en las que el “nosotros” emerge por oposición a un “ellos” victimario; historias en las que los enunciadorees suelen ser personas desconocidas, una de tantas víctimas que se pierden en el anonimato,

pero a su vez, agentes concientes de sí mismos y de su pertenencia a un grupo subalterno. Por un lado, si consideramos las infinitas historias que circulan sobre las huelgas de la Patagonia, el chilote Otey parecería ser un peón de campo entre otros, sin señas particulares; uno de los miles que murieron fusilados. Por otra parte, dentro del cuento de Coloane, se convierte en el personaje principal, el héroe que logra producir un cambio en el curso de los acontecimientos, el protagonista que no sólo da nombre sino que también cierra el cuento con el siguiente enunciado: “Y así se conservó memoria de cómo murió el chilote Otey”.

En la medida en que los actores sociales de esta trama hablan con voz propia, los lectores nos convertimos en observadores; testigos de los acontecimientos. A través de diálogos, Coloane nos da a conocer las causas que desataron la huelga y condujeron a los novecientos peones a la Meseta de la Turba. La pregunta de Otey y la respuesta de uno de sus compañeros sintetizan el conflicto:

Yo me pregunto, ¿por qué diablos no se arreglan las cosas antes de que empiecen los tiroteos, porque después no las arregla nadie?

-¡Qué se yo!..., bueno, unos dicen que es la crisis que ha traído la Gran Guerra... Parece que los estancieros ganaron mucha plata, con la guerra, pero la despilfarraron, y ahora que vino la mala nos hacen pagarla a nosotros... Y todo fue por el pliego de peticiones..., pedíamos cien pesos al mes para los peones y ciento veinte para los ovejeros... Ni siquiera yo iba en la parada, porque la doma de potros se hace a trato... También se pedían velas y yerba mate para los puesteros, colchoneta en vez de cueros de oveja en los camarotes, y que se nos permitiera más de un caballo en la tropilla particular... Pero parece que había otras cosas todavía... En el Coyle, compañeros con varios años de sueldo impago y que habían mandado a guardar el dinero de sus guanaqueos, fueron fusilados y esa plata se la embuchó el administrador. A otros les pagaron con cheques sin fondo y se quedaron dando vueltas en las ciudades (104).

⁶ Osvaldo Bayer explica que existen diversas versiones sobre el enfrentamiento entre el ejército y la columna de Facón Grande, integrada por unas trescientas cincuenta o cuatrocientas personas, de acuerdo con el parte militar escrito por Varela. Bayer compara documentos y concluye que éste último viaja desde Jaramillo hasta la estación Tehuelches, donde se enfrenta con los huelguistas que disparaban desde un camión y algunos autos tomados de las estancias. El ejército inicia el fuego y los huelguistas responden hiriendo a dos soldados —uno de ellos con herida mortal. Varela retrocede, entonces, a Jaramillo y los huelguistas se dan cuenta que no se han enfrentado con la policía, sino con el ejército —un contrincante que no estaba previsto. Mario Mesa, gerente de “La Anónima” de Pico Truncado que había sido tomado como rehén, se ofrece como mediador para llegar a un arreglo en el que se proponía “la firma de un nuevo convenio rural y la liberación de todos los obreros presos, a cambio de la terminación de la huelga” (2002: 246). Mesa regresa a Tehuelches, ofrece su palabra asegurando que no habrá muertos y confirma que Varela acepta los puntos pero que exige, primero, la rendición y la entrega de las armas. En la asamblea obrera, Facón Grande aconseja la aceptación de la contra-propuesta del ejército, cayendo así en la trampa mortal. Cuando se encuentran, Facón Grande intenta darle la mano a Varela, pero éste ordena que lo aten de pies y manos. Lo fusilaron en Jaramillo, junto con treinta o cuarenta de sus compañeros, según el testimonio escrito por el subteniente Jonás en 1924.

Al enumerar la lista de los irrisorios pedidos que desencadenaron la situación, Coloane eleva su voz contra las injusticias cometidas por los terratenientes. Algunos años antes, en 1898, Roberto Payró entrevista a un trabajador rural. Éste manifiesta que ciertos estancieros se aprovechan de los peones “pagándole con vales que sólo tienen curso en su establecimiento —un boliche con bebidas y un poco de ropa, en que se quedan todos los salarios, por crecidos que sean” (1898 [1982]:110). Poco tiempo después del episodio sangriento, José María Borrero publica *La Patagonia Trágica* constatando que la situación de los peones no había cambiado demasiado o que, en realidad, había empeorado. Así explica:

Estaban condenados a trabajo continuo, con prohibiciones de todo género. A determinada hora debían acostarse. No podían hacer reuniones de ninguna clase, ni hablar en voz alta, ni silbar ni cantar... La explotación del trabajador “por los ingleses” en Santa Cruz no puede ser más despótica y humillante para los trabajadores... el mejoramiento de la comida [era] una de las principales conquistas a realizar... ninguno de los camarotes tenía colchón ni jergón... Cada trabajador debe “proveerse de velas” para alumbrar su habitación. La estancia “les vende” cada paquete de cuatro velas, de las que en Buenos Aires valen cinco centavos cada una, a razón de ochenta centavos el paquete (Borrero, 1928 [1999]: 163-166)

Los propietarios de la tierra, junto a los mandatarios locales y nacionales, son acusados como responsables de la masacre, la cual no se distanciaba demasiado de la realizada por Roca en la llamada “conquista al desierto”, pues la ideología subyacente era la misma. En 1877 se crea la Subdelegación Marítima de Santa Cruz, a través de un decreto firmado por el Presidente Avellaneda y el Ministro de Guerra Roca en el que se instaba a “colonizar” y completar el “sometimiento pacífico” de los aborígenes. Dos años después, el gobernador Carlos María Moyano (1877-1887), escribe una carta en la que plantea conducir ganado desde Patagones

hasta Santa Cruz “por el camino de los tehuelches” y, convirtiéndose en vocero de la “república”, la presenta como una entidad subjetiva que manifiesta sus deseos: “La República sólo espera ver concluido el arbitraje para lanzar al territorio disputado una fuerte corriente de civilización” (Moyano, 1948). Dentro de este paradigma, los indígenas debían ser “reemplazados”, ya que representaban la “barbarie” y el atraso del país. Algunos años más tarde, en su libro *Pequeña historia magallánica* (1937), Armando Braun Menéndez retoma las metáforas bélicas, en las que los aborígenes son presentados como enemigos despóticos del gobierno dándole a este último el rol de “libertador” y “conquistador” que logra “recobrar la dignidad”: “Encabezando la columna libertadora entró en el desierto y lo conquistó sobre el indio. Desde ese día terminaron los malones y la degradante repartición de honores y raciones a los caciques para asegurar sus voluntades. El gobierno recobró ante el indio la dignidad perdida” (1937 [1969]: 158). En un juego intertextual con *Facundo* de Sarmiento⁷, este discurso lee el espacio patagónico como “desierto”, un desierto que, ciertamente, lejos de ser infértil resultó muy apetecible tanto para los militares que allí se dirigieron como para los civiles que apoyaron la “campana”.

⁷ En otro trabajo, titulado “Retratos chilotes: tres miradas desde la literatura”, he analizado el impacto de este texto de Sarmiento en la producción de otros dos escritores de la década del '30, uno argentino y otro chileno. Este trabajo fue presentado este año en el Congreso Internacional de Americanistas, en Santiago de Chile, en el simposio “Ficcionalización de fronteras e identidades. La tensión de los discursos de civilización y barbarie versus sertão y litoral”. Una versión ampliada salió publicada en Rodríguez (2004), “Vestigios de Facundo en los relatos de tres viajes por la Patagonia”. *Fronteras e identidades - Identidades e fronteiras. Civilización y barbarie - Sertão e litoral*. Eds. Klaus-Dieter Ertler y Enrique Rodrigues-Moura. Frankfurt: Peter Lang. Pp. 131-148.

En el proceso de formación del estado nacional, el "orden" aparecía como la condición de posibilidad del "progreso"; como el marco dentro del cual la sociedad —librada a su propia dinámica— encontraría sin mayores obstáculos el modo de desarrollar sus fuerzas productivas. Pero a su vez, el "progreso" se constituía en condición de legitimidad del "orden". Por definición, entonces, el "orden" excluía a todos aquellos elementos que pudieran obstaculizar el "progreso", el "avance de la civilización" (Oszlak, 1982: 536). Los aborígenes se habían vuelto un estorbo y poco a poco la tierra de la cual vivían se había convertido en propiedad privada. El ganado lanar —fuente de la riqueza regional en aquella época— los había reemplazado⁸. En continuidad con el lema "paz y progreso", acuñado por Roca, el ejército argentino salió desde Buenos Aires una vez más rumbo a la Patagonia; esta vez, al mando del coronel Varela. La causa que motivó a "El Diez de Caballería" —como se le apodaba— a arremeter contra los trabajadores fue, según la "versión de la huelga" del amansador de potros, la información divulgada por la prensa porteña que lo tildaba de incapaz y cobarde:

El coronel Varela se dio cuenta de todo esto y primero estuvo de nuestra parte; pero los potentados reclamaron a su gobierno, y en los diarios le sacaron pica al coronel diciéndole que era un incapaz y hasta cobarde. Entonces el hombre tuvo rabia y pidió carta blanca para sofocar el movimiento; se la dieron, regresó a la Patagonia y empezó la tostadera (Coloane, 104).

En su primer viaje, Varela aparece como un intermediario que intentaba establecer el diálogo entre los huelguistas y la patronal. La segunda etapa, en cambio, está caracterizada por la acción, por el ataque y el fusilamiento de los trabajadores. La reacción desmedida parece haber sido desatada por la convergencia de tres factores: la ideología bélica y la construcción de un enemigo interno en la que se apoyaba el ejército argentino, la influencia de los medios masivos de comunicación y la necesidad personal de Varela de probar su masculinidad y capacidad ante la sociedad. Este personaje es la viva imagen de un estado represor que niega la posibilidad de comunicación y apoya los intereses de los hacendados en detrimento de los trabajadores rurales. En uno de los diálogos, Rivera explica a Otey que "La mecha se encendió en el hotel de Huaraique, cerca del río Pelque... La tropa atacó a mansalva y asesinó a todos los compañeros que allí estaban... Entonces nos bajó la pica, y con Facón Grande nos echamos a pelear todos los que éramos campo afuera" (103).

La unidad de los huelguistas, sustentada en una identidad común, constituye una situación de "*communitas*" cuyo aglutinante es la identificación en tanto asalariados que sólo poseen su fuerza de trabajo. Esta experiencia identitaria intensa en torno a la clase social se disuelve en dos oportunidades: por la apelación a la identidad nacional y debido a una traición. A continuación desarrollaré, entonces, el segundo punto de este trabajo.

⁸ Borrero denuncia este hecho diciendo que: "el único fin perseguido es despoblar aquellas regiones, sobre todo, del elemento nativo, que constituye un verdadero "fantasma" del latifundismo. Las numerosas tribus que poblaban la Patagonia y Tierra del Fuego, constituían para ellos un doble y grave peligro; primero, el de que les comieran las ovejas... segundo, el de que civilizados los indios... reclamaran su parte de tierras acordándose de que eran argentinos... entonces resolvieron destruirlos en masa... Al principio les pagaban una libra esterlina por "cada par de orejas" de indio que entregaban... como los "patrones" se apercebieran de la trampa por haber visto algunos indios desorejados, cambió el sistema y desde entonces no se pagaba una libra esterlina, sino a cambio de la cabeza, los testículos, los senos o algún otro órgano vital de eso que constituía la "gran caza" de la Patagonia" (Borrero, 35-36).

Comunitas interrumpida: clase social y nacionalidad

Comunidad y *communitas*, son términos vinculados entre sí, pero no sinónimos. La comunidad emerge como resultado de un proceso continuo al que James Brow (1990) denomina “comunalización”; un proceso mediante el cual se promueven sentidos de pertenencia a partir de cualquier patrón de acción. De acuerdo con él, la comunalización se refuerza por la convicción de que lo que une a un grupo de personas no consiste sólo en tener un presente compartido, sino también un origen común, inmemorial. La comunalización puede derivar en un proceso de “primordialización” en el que algunas relaciones comunales son vividas como dadas y evidentes, como si fluyeran de un sentido natural e inevitable, más que de la interacción social (Geertz, 1990). La identificación con la comunidad construida sobre la idea de nación⁹ opera de este modo; es decir, como una unidad sustentada en lazos primordiales, a-históricos; una comunidad imaginada que interfiere y suele imponerse sobre otras. Mary Louis Pratt cuestiona la idea de homogeneidad que ha caracterizado al concepto de comunidad y propone un modelo alternativo que incorpore el conflicto y la heterogeneidad (Pratt, 1987). De acuerdo con ella, y como veremos en este análisis, la construcción de una comunidad involucra tanto procesos de inclusión como de exclusión, de

apertura como de oclusión; procesos en los cuales algunas diferencias son enfatizadas y exhibidas, en tanto que otras son opacadas y ocultadas.

El término *communitas*, por otra parte, fue utilizado por Victor Turner (1969 [1995]) en su ensayo sobre los “ritos de paso” quien, a su vez, se inspiró en los escritos de Arnold Van Gennep (1908 [1960])¹⁰. Turner define a la sociedad como un proceso dialéctico de oscilación entre *communitas* y estructura, es decir, como un movimiento entre lo bajo y lo alto, entre la homogeneidad y la diferenciación, la igualdad y la desigualdad (97). La estructura, por un lado, remite al sistema de posiciones institucionalizadas, diferenciadas, culturalmente estructuradas, segmentadas y jerarquizadas según roles y status que responden a diferencias económicas, políticas o sociales (casta, clase o rango de jerarquías), está enraizada en el pasado y se extiende hacia el futuro mediante el lenguaje, la ley o la tradición (109). Por oposición a la estructura, la *communitas* se orienta hacia el presente, la inmediatez y la espontaneidad, la armonía, la camaradería y la hermandad entre personas de diversos grupos identitarios sometidos a la autoridad del líder; es una homogeneidad indiferenciada

⁹ En *Comunidades Imaginadas* Benedict Anderson (1997) sostiene que toda comunidad es definida en oposición a otras y que éstas no se distinguen por ser falsas o auténticas sino por la manera en que se imaginan; por los lazos imaginados de compañerismo y solidaridad que recrean. Para este autor, la “comunidad imaginada”, es como una hermandad limitada, soberana y horizontal, en la cual —a pesar de las diferencias sociales que pudieran estar funcionando— suele aceptarse que todos los participantes están “jugando un mismo juego”.

¹⁰ Según Van Gennep, cada cambio de lugar, situación, rol, status y etapa o estadio de crecimiento de los sujetos es acompañado por ritos de paso que implican, concretamente, el pasaje desde “una situación determinada hacia otra situación igualmente determinada” (1960: 14), desde un grupo particular hacia otro. Van Gennep dividió tales ritos en tres partes —ritos de separación de un mundo previo, ritos de transición (o ritos liminales) y ritos de incorporación o agregación— centrandos su interés en la situación intermedia por considerarla la de mayor intensidad y autonomía. Los ritos son elementos privilegiados para el proceso de construcción de identidades, así como para la toma de conciencia del proceso social por parte de los agentes; es decir, para que éstos sean capaces de reproducir los valores que nutren el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

caracterizada por la ausencia de propiedad y de status¹¹. En este trabajo utilizaré la propuesta de Carol Trosset (1988), una antropóloga que retoma a estos autores proponiendo un nuevo giro teórico mediante la incorporación de otros dos conceptos: *habitus*¹² acuñado por Pierre Bourdieu (1977) e *ideología*¹³ tal como lo utiliza Louis Althusser (1971). La *communitas*, según Trosset, es un momento en el que ocurre una aguda experiencia emocional de unidad social, de afirmación de la propia identidad orientada por algún tipo de acción. Este sentido de pertenencia es resultado, a su vez, de una interpelación que permite a los individuos convertirse en sujetos y reconocerse como parte de un grupo. Veamos las palabras de la autora:

Un conjunto de personas ha sido apelado como perteneciente a un grupo particular, y ha reconocido que su membresía a ese grupo es realmente una parte de sus propias imágenes... es necesario que [estas personas] hagan algo juntas, algo que les permita afirmar su identidad diciendo "sí, somos nosotros" y que a través de su propio contenido simbólico creen una experiencia intensa acerca de lo que implica compartir tal identidad. (177).

¹¹ El pasaje entre estructura y *communitas* se asemeja, según este autor, a una especie de limbo, de indefinición. Roberto DaMatta (1997) comenta que en la fase liminal ocurre un proceso de dislocación, por medio de la cual los actores sociales intentan cambiar su posición; una situación que incita a la acción tanto como al pensamiento.

¹² El término *habitus*, propuesto por Bourdieu, refiere a las "disposiciones o tendencias para actuar y pensar de ciertas maneras, que resultan de las experiencias de las condiciones objetivas de vida de las personas" (Trosset, 1998: 167).

¹³ Althusser define *ideología* como el conjunto de ideas y representaciones que dominan sobre ciertos grupos sociales. La ideología opera a través de la "interpelación"; es decir, a partir de la apelación (o llamado) que se hace a los individuos ("¡hey, tú ahí!"). Al responder al llamado, éstos se transforman en sujetos. Trosset detecta tres puntos necesarios en este proceso: 1) que se realice una apelación a algún aspecto de la identidad de una persona, 2) que la persona reconozca tal identidad como propia, 3) y que preste atención y reconozca esa apelación. De estos tres puntos, la *communitas* se incluye en el tercero; es decir, es una afirmación colectiva a una identidad compartida que fue previamente interpelada.

A diferencia de Turner, ella sostiene que la situación de *communitas* puede ser evocada. Es decir que, si bien el reconocimiento de una identidad compartida fundada en la experiencia cotidiana no deriva necesariamente en un momento de *communitas*, ésta puede emerger al desarrollarse una acción colectiva que —apelando a una experiencia emocional común— promueva una afirmación identitaria. Trosset retoma el concepto "liminoide", con el cual Turner reemplaza el de "liminalidad" para referirse a aquellas actividades semejantes al ritual —como por ejemplo los deportes y el teatro— pero que están alejadas del ámbito sagrado (Hardin, 1983). Este concepto permite a la autora desprenderse de la teoría de los "ritos de paso" y analizar las situaciones de *communitas* como resultado de iniciativas individuales, profanas, motivadas por preocupaciones ideológicas.

Luego de estas disquisiciones teóricas, volvamos al relato de Coloane. De los "novecientos hombres" sólo se identifica a tres personas: Facón Grande, "cabecilla de la revuelta, apodado [así] por el cuchillo que siempre llevaba a la cintura" (94), Gabriel Rivera —el amansador de potros— y Bernardo Otey. Si bien Facón Grande se destaca como líder y como uno de los arengadores que incita la participación en la huelga, éste no somete al resto a su voluntad — como ocurriría en una situación de *communitas* en las sociedades tradicionales que describe Turner— sino que, por el contrario, las decisiones son tomadas en asamblea mediante el voto directo. El siguiente pasaje permite observar que, cuando da a conocer su posición, se crea un pequeño suspenso que se extiende hasta el momento en que aclara, exactamente, cuál será su rol. Este fragmento, además, anticipa el desenlace del cuento:

Bien... la situación todos la conocemos y no hay más que agregar sobre ella. Esta misma noche o a más tardar mañana en la mañana el Diez de Caballería estará en las casas de la última estancia que queda en nuestras manos... nos rodearán y caeremos todos, como chulengos. No queda otra que hacerles frente desde el galpón de esquila de la estancia, para que el resto de nosotros pueda ponerse a salvo por la cordillera del Payne. El círculo se removió algo confundido al escuchar la palabra “nosotros”... ¿acaso Facón Grande... también se incluía entre los que debían escapar al Payne, mientras otros disparaban hasta su último cartucho en el galpón de esquila?... ¡Que se rifen los que quedan!... ¡Tienen que ser por voluntad propia!... ¿Quiénes son esos “nosotros”? –inquirió uno con frío sarcasmo... ¡Nosotros los que empezamos esto, tenemos que terminarlo! –dijo [Facón Grande]... ¿Cuántos quedamos de los que éramos del otro lado del río Santa Cruz?. Unas cuarenta manos levantadas en el aire... fue la respuesta (96-97).

De un lado se encuentran, entonces, los estancieros, poseedores de la tierra y de los medios de producción, patronos explotadores —unidos en forma de sociedades anónimas— que se apropian no sólo de la plusvalía sino también del jornal completo de los trabajadores arrojándose el poder de quitar la vida¹⁴. Del otro lado del espectro están los peones rurales —domadores de potros, esquiladores, capadores de corderos, troperos y jinetes, concededores del territorio— que venden su fuerza de trabajo como asalariados. Estos últimos constituyen una masa anónima, descriptos como “hombres [que] dejaron ocultos sus caballos” (93) sin dar mayores detalles; una homogeneidad indiferenciada, sin status ni propiedad. Si bien en el cuento no se mencionan datos acerca de la composición de la población rural, el libro de Borrero, arriba mencionado, ofrece algunos

detalles¹⁵. Este autor explica que la razón de la escasez de trabajadores argentinos se debe a que los contratistas los rechazaban porque tenían mayores exigencias que los extranjeros y que estos últimos, a su vez, debido a su situación altamente vulnerable¹⁶, resultaban más fáciles de engañar.

Que la clase social constituye un aglutinador más poderoso que la identidad nacional lo ilustra el trato equivalente con los peones de otras nacionalidades, que los latifundistas ingleses daban a sus compatriotas. Otro ejemplo es el rol del Estado argentino, corporizado en el ejército del coronel Varela, que se alía con los extranjeros

¹⁵ “En las cuatrocientas leguas de campo, que ocupaban los establecimientos pastoriles nombrados, no encontré ‘un solo argentino’. La mayoría de los obreros procedían de Inglaterra y sus colonias. Había muchos trabajadores del norte de Europa, suecos, noruegos y dinamarqueses, que habían estado anteriormente en Buenos Aires y que hablaban castellano. Los chilenos seguían a los ingleses en el número” (163).

¹⁶ En el preámbulo del documento de Naciones Unidas, aprobado en 1990, titulado “Convención Internacional sobre la Protección de los Derechos Humanos de todos los Trabajadores Migratorios y de sus Familiares” se menciona la “situación de vulnerabilidad” que tales trabajadores padecen con frecuencia y que atañe no sólo a las condiciones de empleo, sino también a la esfera jurídica, educativa, sanitaria, social, etc. Con el fin de precisar el término, Jorge Bustamante (1998) retoma las palabras de Mary Robinson (ex Alta Comisionada por los Derechos Humanos de Naciones Unidas): “One lesson we need to learn, and to reflect in our approach, is that the essence of rights is that they are empowering”. Este autor, define, entonces, “vulnerabilidad” como una consecuencia de la “ausencia de poder”. Expresa que las migraciones internacionales, por un lado, son resultado de una combinación de causas tanto endógenas como exógenas. La vulnerabilidad, en cambio, es un fenómeno endógeno, una condición de desigualdad de poder que emerge de la interacción social entre los inmigrantes y los ciudadanos del país receptor que busca justificarse sustentándose en prejuicios, estereotipos, racializaciones, etc. Esta desigualdad se corporiza en la violación de los derechos humanos que toman lugar en el país receptor, así como a la impunidad para quienes cometen tales violaciones. Este documento brinda una definición internacional del “trabajador migratorio” y establece normas de trato. Su objetivo consiste en atribuir derechos fundamentales, impedir y eliminar la explotación, poner fin al tránsito ilegal y clandestino como así también a las situaciones de irregularidad debida a la indocumentación.

¹⁴ La alta concentración de la propiedad de la tierra determinó, según Horacio Lafuente (1981), una estratificación muy marcada de la sociedad local.

propietarios de las haciendas asesinando a los huelguistas sin discriminación de ciudadanía. Su accionar refleja el espíritu centralista del Estado¹⁷ que primaba en este contexto. Hasta el momento de su provincialización en 1957, Santa Cruz había sido un Territorio Nacional cuyas autoridades eran enviadas desde Buenos Aires. Debido a que muchos de los gobernadores pertenecían a las fuerzas armadas, resulta sumamente interesante atender no sólo al par de oposiciones gobierno nacional/ gobierno local, sino también a aquél que escinde civiles y militares; es decir, Varela, en tanto vocero y brazo armado del estado nacional, y los ciudadanos locales no hacendados, cuya voz se pierde en el silencio.

La experiencia de la *communitas* entre los huelguistas emerge, así, como resultado de una apelación identitaria de acuerdo a la pertenencia de clase —en tanto “obreros rurales”; un sentimiento compartido de unidad que se impone sobre otras posibles adscripciones y las torna irrelevantes durante este lapso temporal. Esta experiencia no se vincula sólo con la interpelación, sino también con el movimiento. Al

igual que en el caso de Varela, la primera etapa está caracterizada por lo verbal —la redacción del “pliego de peticiones” y la decisión de ir a la huelga—, la segunda, en cambio, gira en torno a la acción: el enfrentamiento con el ejército, la fuga y el tiroteo final.

Cuando la identidad nacional se hace presente entre los huelguistas, la cohesión lograda en el momento de *communitas* se fragmenta. Esta marcación de acuerdo a la nacionalidad ocurre en el siguiente contexto: los dos personajes centrales apuestan si va a llover o no. Otey —quien se encontraba en el grupo mayoritario que cruzaría la frontera hacia Chile— vence a Rivera —uno de los huelguistas que debía quedarse a recibir las balas de Varela. Luego retorna al galpón de esquila y le dice a su compañero: “Yo le llevo su plata y usted se queda guardándome las espaldas” (99). Otro de los troperos allí presentes arroja entonces la frase hiriente dejándolo “como si hubiera recibido un violento latigazo”: “¡Chilote tenía que ser!” (99). Otey explica, entonces, que no regresó por el asunto del dinero sino porque quiere quedarse a “pelear con el Diez de Caballería . . . hasta el final” (99). El diálogo permite observar la tensión entre diversas adscripciones identitarias en pugna:

-A lo mejor le picó aquello de “Chilote tenía que ser”.

-Sí me picó eso; pero yo venía decidido a que me dejaran con ustedes... a propósito, dígame, ¿por qué miran tan en menos a los chilotes por estos lados? ¿Nada más que porque han nacido en las islas de Chiloé? ¿Qué tiene eso?.

-No, no es por eso; es que son bastante apatronados... y se vuelven matreros cuando hay que decidirse por las huelgas, aunque después son los primeros en estirar la poruña para recibir lo que se ha ganado... A mí también me dolió un poco eso de “Chilote tenía que ser”, porque yo nací en Chiloé... en Tenaún... ¿Cuántos chicos tiene?

-Cuatro, dos hombres y dos mujercitas... Por ellos uno se

¹⁷ Mirna Hudson (2000) realiza una síntesis histórica del territorio patagónico. En ésta explica que la etapa territorial se inicia en 1884 con la sanción de la Ley 1532 que organiza jurídica e institucionalmente los territorios nacionales, entre ellos el de Santa Cruz. Esta ley otorgaba importantes atribuciones al gobernador, designado por el Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado. Sin embargo, sólo los primeros pudieron disfrutar de ellas ya que decretos posteriores fueron limitando sus facultades. El rol de los gobernadores consistió, básicamente, en mediar entre el estado y los sectores dominantes. Lejos de ejercer una política autónoma estaban condicionados tanto por el gobierno central como por las sociedades ganaderas. Con la sanción de la Ley 14.408 de 1955, los territorios nacionales —a excepción de Tierra del Fuego— adquirieron el status de provincia. El golpe militar de ese mismo año que derrocó al gobierno peronista retrasó la puesta en vigencia de la ley de provincialización hasta que, en 1957, se hizo efectiva mediante la sanción de la Constitución Provincial. Al año siguiente se realizaron las primeras elecciones provinciales.

mete de un tirón en las huelgas... ¿Qué dirían si me vieran volver con las manos vacías? ¡A veces se debe hasta la plata del barco, que se le ha pedido prestada a un pariente o a un vecino!... Por eso seremos un poco matreros para las huelgas... ¿A usted no le pasa lo mismo? ¿No tiene familia allá en Tenaún? (100-101)

Otey sintetiza el conflicto del trabajador migrante. Menciona a “los gringos” cazadores de lobos —remitiendo a la oposición extranjeros/ población nativa— y expresa que “los están acabando” (101), estableciendo, tácitamente, un paralelismo con la situación de los seres humanos. La explotación indiscriminada de los recursos naturales provocó en la población local (en este caso para los habitantes de Lemuy, Chiloé), la necesidad de migrar y conchabarse en estancias para poder sobrevivir. Veamos la cita completa: “Ya no van quedando lobos ni nutrias... Los gringos las están acabando. Aunque uno se arriesgue a este lado del Golfo de Penas, ya no sale a cuenta, y la mujer y los chicos tienen que comer... Por eso uno se larga por estos lados” (101).

Por un lado, su rol como “padre de familia”, le impone la necesidad de abandonar el núcleo doméstico para obtener los medios de subsistencia necesarios para su supervivencia; un rol que acepta una única definición de lo masculino —la del hombre proveedor de alimentos. Aquellos que no cumplen el requisito pierden su virilidad social y sólo les queda buscar un refugio para la vergüenza ante la mirada de sus hijos y esposa: “y la mujer y los chicos tienen que comer . . . ¿Qué dirían si me vieran volver con las manos vacías?”. En este caso, el costo implica aceptar sumisamente las reglas del juego dictadas por los patrones quedando ante sus compañeros como “apatronado”. Por otro lado, la necesidad de demostrar su hombría en el espacio público,

y ante sí mismo, lo incita al enfrentamiento, a la lucha, a las armas. En ambos casos, la demostración de la masculinidad constituye una prueba sin salida: su fracaso implica una suerte de muerte social y su superación desemboca en el desmembramiento familiar o en la muerte real.

El tropero que descalifica a Otey lo hace a partir de una esencialización de lo chilote; un prejuicio que, mediante razonamiento inductivo, establece generalizaciones a partir de casos particulares, indiferente al “salto” que implica el pasaje desde el enunciado “algunos chilotes” hacia la conclusión “todos los chilotes”. En la acusación se amalgaman, implícitamente, preconceptos emanados de un cruce de distintas identidades: nacional, regional, de clase y étnica. Debido a que en ningún momento se mencionan detalles acerca de quién es el tropero, no es posible determinar cuál es la posición desde la cual discrimina a Otey. Las opciones se polarizan en dos posibilidades: a) que fuera argentino y lo descalificara por ser chileno, b) que fuera chileno y lo descalificara por ser chilote.

En el primer caso, debido a la tensión histórica entre ambos países, sería posible pensar que el tropero es argentino y no de otra nacionalidad. Además, aunque no podría determinar con precisión si en aquella época se utilizaba el término “chilote” como genérico para referirse a los chilenos —procedimiento mediante el cual se invierte la taxonomía país/ región subsumiendo la categoría más amplia en otra más restringida— debido a la frecuencia con que tal nominación se escucha en el presente, podría conjeturar que esta práctica tiene cierta profundidad temporal. El siguiente fragmento —en el que Bayer ficcionaliza el discurso de

Varela— ilustra esta tensión entre lo nacional y lo extranjero (asociado a la ideología comunista) y, más precisamente, entre la valorización de lo argentino y el desprestigio de lo chileno/ chilote:

que ese civilazo, por más criollo que fuera, hiciera disparar al ejército argentino no podía perdonarse nunca y menos dirigiendo a chilotes. Porque aquí ya era una cuestión de prestigio; porque si hubieran sido argentinos contra argentinos, todavía vaya y pase. Pero aquí eran argentinos contra chilotes, con un destacado entrerriano a la cabeza. José Font, domador, sí, pero con la bandera roja... Esos chilotes roñosos, esos anarcos antiargentinos, le habían matado a su soldado preferido y lo habían hecho retroceder... habían hecho recular a las armas de la patria. (240-247)

La segunda opción también es viable. Considerados como mano de obra apta para las faenas más rudas, los chilotes han atraído a los contratistas quienes viajaban a la isla contactándolos para realizar diversas tareas: recolección de fruta y explotación minera en la zona de la Cordillera y trabajos rurales en las estancias¹⁸. Dentro de Chile son percibidos como una población con características particulares que se diferencia del resto del país. Suele decirse de ellos que "no se parecen a nadie" y que "el chilote es chilote no más... con sus barquitos, sus huertas, sus cuentos, su magia..."¹⁹. Tales particularidades —desde el punto de vista de la organización social, política, económica y

cosmogónica, a las que se agrega un bagaje étnico con alto componentes indígenas y bajo nivel de instrucción— hacen que, en algunos casos, sean considerados por otros chilenos como ciudadanos de segunda categoría.

Podría existir una tercera opción: que el tropero fuera de cualquier país —incluyendo a Chile y a Argentina— y que la descalificación proviniera de una generalización que asume, por un lado, que todos los habitantes de Chiloé son sumisos y, por el otro, que el dinero les resulta prioritario y está considerado como un valor superior a la solidaridad entre pares²⁰. En este caso, el término "apatronados" ofrecería la clave para dar cuenta de un posicionamiento basado en la clase social. Este es el caso de Mata Negra, a quién sólo conocemos como el delator que traiciona a sus compañeros al aliarse con los patrones. Con su actuación no sólo quiebra la cohesión de la *communitas*, sino que también disminuye las posibilidades del triunfo de los huelguistas: "Se la estábamos ganando cuando sucedió la traición del Mata Negra, hijo de... ése; se dio vuelta y se puso al servicio de los estancieros... El traidor... ya les habrá dicho cuál es el único paso que nos queda por la cordillera del Payne para ganar la frontera" (96-103).

¹⁸ Aunque en 1929 habían transcurrido casi diez años desde el estallido social, el diario *La Vanguardia* menciona que, para resolver las crisis económicas, las sociedades anónimas y los establecimientos ganaderos más importantes contrataban mano de obra barata proveniente de Chile. Se habla de un "contratista" que reclutaba peones en Chiloé "y que tiene acaparado el trabajo de esquila en todas las estancias del Sud del Río Santa Cruz" (cit. en Hudson, 2000: 148).

¹⁹ Notas de mi trabajo de campo.

²⁰ El siguiente fragmento de una entrevista transcrita por Payró en *La Australia Argentina* ofrece algunas puntas para comprender el término "apatronados", que este peón de campo relaciona con una vida "de esclavos": "También es cierto que el trabajador europeo tiene que soportar la tremenda competencia que lo hacen los chilotes, los de Chiloé y Chonos, que se conchaban por diez, doce y quince pesos mensuales para trabajar en las minas, y que vienen a ser como una especie de esclavos, pues siempre deben más a sus patrones, por guachacay y alguna camiseta, que lo que han de ganar en muchos meses. Pero ellos soportan bien esas estrecheces, acostumbrados como están a vivir de choros y luche" (1898 [1982]: 110).

Tal como se puede apreciar en este apartado los clivajes de clase, nacionales, regionales y de género coexisten de un modo superpuesto y es el contexto el que permite que en ciertos momentos unos u otros cobren relevancia.

Fronteras porosas, consecuencias pragmáticas

A continuación, desarrollaré el tercer punto propuesto en este ensayo: el pasaje a través de dos fronteras alternativas; una de ellas divide a Chile de Argentina, la otra escinde la vida y la muerte; una muerte pasible de tornarse vida, eternizada en los relatos de los sobrevivientes. De acuerdo con Alejandro Grimson (2000), las fronteras se pueden clasificar en dos tipos: frontera simbólica y frontera pragmática. La primera de ellas, denominada por este autor como “concepto-metáfora”, remite al modo en que los actores sociales perciben, desde su subjetividad, los límites nacionales (aunque también podría aplicarse a las divisiones regionales o de clase). La segunda, “objeto-concepto”, refiere a la línea de división territorial²¹ trazada a partir de un acuerdo entre ambos estados que —aunque imaginaria— tiene consecuencias pragmáticas. En el caso del cuento, podemos observar que, en la medida que Varela no tiene injerencia del otro lado, ni puede cruzarla sin permiso, la frontera significa para los peones un refugio, un salvoconducto. Sin embargo, si nos trasladamos desde la ficción a la documentación de tipo histórica, podemos observar que tal límite no era en verdad un impedimento.

La relación entre ambos países —lejos de ser una separación tajante— estaba intensamente comunicada constituyendo una suerte de “zona de contacto” a la que Pratt refiere como “espacios sociales en los que culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo en relaciones de dominación y subordinación fuertemente asimétricas: colonialismo, esclavitud, o sus consecuencias como se las vive en el mundo hoy en día... Espacio en el que pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, relaciones que usualmente implican condiciones de coerción, radical desigualdad e insuperable conflicto” (Pratt, 1996: 22-26), pero también de negociaciones, convenios y pactos. Veamos en qué consistía exactamente este espacio mediante una lupa que considere perspectivas geopolíticas, sociales y económicas.

En primer lugar, desde el punto de vista espacial y geopolítico, podemos notar que esta “región fronteriza”, inexistente en épocas anteriores, emerge simultáneamente con los Estados nacionales. En este contexto, enmarcado por un Estado liberal oligárquico, no sólo se trataba de delinear la extensión de las jurisdicciones territoriales de los Estados argentino y chileno, sino que también se intentaba instaurar un sistema de normativas para definir los nuevos status sociales de la población. Es decir, se comenzaban a construir los límites entre lo “nacional” y lo “extranjero” simultáneamente a la reinscripción de la polarización entre el mundo “civilizado” y el “indígena”. Desde el discurso estatal se refuerza la imagen de la cordillera como un límite natural infranqueable, una línea divisoria elevada y angosta que contrasta con las prácticas de movilidad espacial de los grupos indígenas del extremo sur. Para estos últimos,

²¹ Tratado entre las dos naciones firmado en 1881 que establece el límite de acuerdo a la pendiente de los ríos que descienden de la Cordillera de los Andes.

la cordillera no representaba una frontera física, sino que la depresión del terreno en diversos puntos —descendiendo hasta el nivel del mar en la zona de Estrecho de Magallanes— permitía cruzarla sin un costo energético extra.

En el cuento de Coloane pareciera haber una suerte de fusión o continuidad entre los conocimientos de los indígenas y los de los trabajadores rurales; prácticas, lugares, eventos y datos “sólo por los indios tehuelches y ellos conocidos”, ocultos para los ojos de sus enemigos. Por ejemplo, la siguiente cita ilustra que el conocimiento del río Santa Cruz —marca utilizada para establecer quiénes deberían escapar hacia el Paine y quiénes se quedarían a cuidar las espaldas— “sirvió para que Facón Grande y sus troperos, campañistas y amansadores de potros, se salvaran muchas veces de las tropas profesionales vadéandolo por pasos sólo por los indios tehuelches y ellos conocidos” (94). Sobre el final del cuento, cuando Rivera logra escapar del fusilamiento, fueron también su experiencia e información los factores que le permitieron proseguir la fuga y alcanzar el otro lado de la cordillera:

A su memoria acudió el recuerdo de una superstición india: el águila de las pampas debe ser cazada antes que logre dar un grito, pues si lo lanza, la tempestad acude en su ayuda... No bien lo recordara, montó de nuevo y siguió galopando... como buen amansador, Rivera sabía que un caballo reventado no obedece ni a espuela ni a rebenque, pero no cae mientras sienta a su jinete encima... (109-110)

Explorando el archivo histórico de Santa Cruz para obtener información sobre pueblos indígenas me sorprendió notablemente que los temas de los documentos más antiguos —expedidos a finales del siglo XIX y principios del XX por las fuerzas de seguridad— hacían alusión al robo de ganado,

al alcoholismo y a la vagancia de los grupos *tehuelche* y *mapuche* que esporádicamente se conchababan en las haciendas. Estos informes planteaban la necesidad de controlar las fronteras y establecer la nacionalidad de los sospechosos para discernir si se debían aplicar las normas del estado chileno o del argentino. Algunos años más tarde, los documentos redactados durante la época de las huelgas, culpaban a los chilenos que ingresaban ilegalmente al país por generar desocupación, deambular por las estancias, concentrarse en núcleos urbanos marginales, padecer de un deficiente estado sanitario y poseer bajo nivel de instrucción; palabras que resuenan en el modo en que estas fuentes describían a los aborígenes.

A medida que los conflictos se agudizaron, las medidas de control se hicieron más severas llevándose a cabo detenciones, expulsiones e instalaciones de destacamentos policiales en zonas estratégicas reforzadas por patrullas volantes. Más específicamente, en 1919 se firmó un convenio de cooperación entre las policías fronterizas, que ratificaba la cooperación existente entre los gobiernos argentino y chileno, frente a la posibilidad de estallidos sociales. Este convenio —cuyo encabezado dice “Convenio sobre Policías —República de Chile— Ministerio de Relaciones Exteriores”— planteaba

Acordar medios convenidos para obtener en la región fronteriza de ambos países la mayor seguridad posible para la vida e intereses de los pobladores, salvaguardándolos de las impulsiones de cuatros y otros malhechores” [El convenio enunciaba lo siguiente: 1) queda establecida la recíproca cooperación entre las autoridades de la Policía Fronteriza de ambos países, los que deberán... impedir que los delincuentes perseguidos pasen las fronteras y se internen en el país vecino... 2) las referidas policías quedan autorizadas a penetrar en el interior del país vecino para continuar la persecución.

El trabajo mancomunado entre las fuerzas de seguridad chilenas y argentinas refuerzan la hipótesis de que, en determinados momentos —y a pesar de las continuas pujas territoriales entre ambos estados— la pertenencia de clase primaba por sobre la identificación con la nación. Es decir, los aparatos represivos de ambos estados actuaban conjuntamente para asegurar, por la fuerza, las condiciones políticas de reproducción de las relaciones sociales de producción (Althusser). La polarización “pobladores” amparados por la “policía fronteriza” versus “cuatrerros”, “malhechores” y “delincuentes” que buscarán traspasar la frontera parece remitir a la dicotomía “dueños de la tierra”/ “peones golondrina”. La metáfora refiere a aquellos trabajadores que migran siguiendo el ritmo de los diferentes ciclos productivos (baños, señalada, esquila y arcos de hacienda para los frigoríficos) e incluye, en esta región, a chilenos y aborígenes, aunque no descarta la posibilidad de otras nacionalidades. Veamos, en segundo lugar, qué sucede desde el punto de vista social. El “mesón del Pelado” del que habla Coloane se presenta como una condensación, un sitio en el que convergían aventureros procedentes de dispares lugares del mundo, caracterizados por una alta movilidad geográfica y una desmedida ambición de enriquecimiento. Según el autor,

Aquello era una especie de frontera adonde confluían las corrientes humanas de la pampa fueguina y del mar austral. De la una venían los puesteros, campañaistas y ovejeros como yo; de la otra buscadores de oro de las islas Picton, Lennox y Navarino y cazadores de focas de los archipiélagos del cabo de Hornos y Diego Ramírez. A veces aparecía también una goleta foquera de las Islas Malvinas o de la Antártica. En el mesón del Pelado era donde más activamente se encontraba esta frontera del mar y de la tierra... (Coloane, 2000: 84)

En las crónicas de su viaje, Roberto Payró había definido a Santa Cruz como una tierra argentina poblada por peones chilenos. La siguiente cita de Coloane amplía la información del contacto entre ambos tipos de ciudadanos y, al mismo tiempo, nos da algunos detalles sobre el proceso de asentamiento de los chilotes en particular:

La gente del extremo sur se informaba más y mejor por la prensa y las radios argentinas. También la vida cultural nos ligaba estrechamente a nuestros vecinos. De allá venían la literatura, las revistas, el teatro y los conjuntos musicales. Por otra parte, muchos chilotes se afincaban en minas, industrias o estancias de Río Turbio y Río Gallegos, en territorio argentino, donde formaban familias y se radicaban para siempre. Centenares o miles de sus descendientes siguen viviendo allí... (2000: 98)

Finalmente, respecto de la cuestión económica, podemos notar que el control aduanero para la entrada y salida de capitales fue lo suficientemente laxo como para dejarse burlar fácilmente. Borrero menciona que algunas estancias estaban instaladas sobre la línea fronteriza; una paradoja que contrariaría los principios de soberanía estatal por la cual ambos estados mantenían una tensión que algunas veces se presentaba implícitamente y en otras oportunidades alcanzaba visibilidad. Explica entonces que para

Los estancieros... no existe... otra ley que la que les marca su propio interés. Conviene llevar a Chile los ganados; pues los pasan tranquilamente. Les conviene traerlos, los traen. La ley de Aduana misma parece lo suficientemente elástica, ya que pueden burlarla con toda comodidad (...) Entre tres o cuatro establecimientos detentan más de cuatrocientas leguas cuadradas de tierra... [Entre ellas “El Cóndor” y “Monte Dinero”] se prolongan... en el territorio de Chile, lo que permite el contrabando con toda facilidad, sea en la importación o exportación clandestina de lanas como de ganado en pie (Borrero, 65 y 162)

En las entrevistas realizadas por Vidal, Coloane confirma estas irregularidades. Así, sostiene que “de Punta Arenas pasaban a la Tierra del Fuego argentina y venían de los haras a comprar yeguas, así que no había fronteras, digamos, entre Chile y Argentina, sino que se juntaba la sangre de estos animales” (Vidal, 40). Incluso, en algunos momentos la falta de control llegó a institucionalizarse. Por ejemplo, en 1899 el presidente Roca viaja al estrecho de Magallanes para encontrarse con el Presidente Errázuriz movido por el interés de hallar una solución pacífica a los problemas limítrofes²². En esa ocasión Roca invitó a los empresarios y ganaderos magallánicos a instalarse en territorio argentino asegurándoles la eliminación de las aduanas. La cita de Braun Menéndez —una suerte de loa a los “pioneros” caracterizados como “hombres de buena voluntad”, reforzada con las elecciones léxicas “afán”, “trabajo”, “labrar”, “esfuerzo” y “sacrificio”— argumenta a favor de la entrega de tierras catalogándola como “el justo premio”:

Y para lograr la colonización del vasto erial patagónico... llamaba a los hombres de buena voluntad que quisieran poblar el suelo argentino... les aconsejó que se radicaran en ella, pues sus afanes serían estimulados, sus trabajos protegidos, y la adjudicación de la tierra que labraban con su capital su esfuerzo sería el justo premio de sus sacrificios (Braun Menéndez, 159)

La invitación a “poblar” el territorio ya había sido realizada previamente por Moyano, cuya política migratoria respondía a los lineamientos nacionales —establecidos por la Ley de

Inmigración 817 de 1876— que propiciaba la inmigración ultramarina en detrimento de la población limítrofe (chilena en este caso). En su convocatoria dirigida hacia los galeses de Chubut, los habitantes de Carmen de Patagones, los de las Islas Malvinas y los de Punta Arenas los invitaba a instalarse en Santa Cruz. Les informó sobre las facilidades para obtener tierras públicas, cuáles eran las zonas más apropiadas y les entregó latifundios en propiedad a precios muy bajos. Siguiendo el mismo patrón del gobierno chileno, estas concesiones crearon verdaderos imperios ganaderos; latifundios que se reforzaron mediante vínculos matrimoniales. Las uniones más poderosas fueron las de Nogueira, Braun y Menéndez. Se constituyó, así, una región económica con centro en Punta Arenas —cuyas casas comerciales y empresas de navegación establecieron sucursales tanto en la Argentina (Tierra del Fuego, Santa Cruz y Chubut) como en Chile (desde Tierra del Fuego hasta Puerto Montt y Ancud)— integrada de forma directa con los centros mundiales que demandaban su producción, especialmente con Londres —mercado que compraba y, simultáneamente, abastecía a Santa Cruz. En 1914 como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y la inauguración del Canal de Panamá la situación cambió radicalmente. Punta Arenas dejó de ser centro de la economía regional convirtiéndose en periferia respecto de la capital chilena.

Los temores infundidos posteriores a la experiencia de la huelga condujeron al Gobernador Interino Carlos Portella a publicar, en 1932, una recomendación dirigida a los dueños de los establecimientos ganaderos, industriales y comercio a fin de dar preferencia en la contratación de mano de obra a los trabajadores radicados en la zona, especialmente de origen nacional, por sobre los

²² Este encuentro, promovido por Perito Moreno para evitar el conflicto armado, se selló con un abrazo frente al estrecho entre los dos presidentes. Posteriormente, cuando casi estalla el conflicto nuevamente en 1902, Eduardo VII de Inglaterra firmó el fallo arbitral en el que participó como mediador entre los dos países (Hilarión Lenzi, 1980).

que venían de Chile. Hudson comenta que los fundamentos de ésta y otras notas y circulares anteriores y posteriores residía en la necesidad de evitar la evasión de capital hacia el país trasandino, mejorar el estado de las clases trabajadoras residentes en el país, fomentar el arraigo en la región, controlar la “vagancia” y, fundamentalmente, evitar tanto los conflictos obreros como el “avance” del comunismo. Como podemos apreciar, este discurso se sostiene sobre un doble eje que lo vuelve contradictorio. Por un lado, se construye sobre la xenofobia planteando la defensa de la mano de obra nacional y la inversión de capitales dentro de las fronteras estatales. Por el otro, enuncia desde la posición de los propietarios de los medios de producción y de la tierra —muchos de los cuales eran de origen extranjero— dando a conocer sus temores ante nuevas revueltas obreras incentivadas por la ideología comunista internacional.

Después del detallado análisis de la frontera que separa Chile de Argentina quisiera concluir este trabajo analizando brevemente las implicancias del cruce de frontera entre la vida y la muerte. Si bien todos los huelguistas que se quedaron a esperar a las huestes de Varela son los héroes del relato, dos de ellos adquieren preeminencia: Facón Grande y Otey. El primero de ellos adquirió una amplia notoriedad y su nombre quedó registrado en los libros de historia catalogado como uno de los cabecillas principales de la rebelión. Coloane lo describe como un personaje casi mítico. Varela necesita observar con “sus propios ojos” al cuerpo muerto que un momento antes se había enfrentado en movimiento, al hombre vuelto cadáver que ha perdido su carácter amenazador. La imagen del líder alcanza ribetes heroicos en la lucha final cuando

ya no tenían una sola bala (...) [sin] más armas que sus facones y cuchillos descueradores para hacer frente a esa última refriega. En heroica lucha cuerpo a cuerpo, la muerte de Facón Grande, el cabecilla, puso término al prolongado combate cuando todavía quedaban más de veinte troperos vivos, pues muy pocos habían caído con los tiroteos y la mayoría había perecido sólo en la refriega final... [En la madrugada, cuando los sobrevivientes eran trasladados] hacia la losa del secadero, vieron el montón de cadáveres de sus compañeros ya dispuestos para recibir la rociada de kerosene para quemarlos... entre aquellos cuerpos se destacaba el de Facón Grande, que el coronel había hecho colocar encima para verlo por sus propios ojos (107-108)

En contraste con Facón Grande, Otey es uno de los tantos obreros fusilados en las huelgas, un personaje anónimo para la historia oficial. Sin embargo, en el cuento se erige como héroe aunque en un sentido diferente. Además de su decisión de quedarse para morir en la lucha contra el ejército, Otey se destaca por el uso de la palabra que le otorga sabiduría y poder. Es el protagonista que no sólo se enfrenta a los prejuicios sociales pidiendo explicaciones racionales, sino que también castiga la falta de pericia de los militares. Así, les grita “aprendan a disparar” y los califica como “mierdas” mientras se despega el blanco que le habían colocado en el pecho:

Cuando los cinco últimos fueron colocados frente al pelotón de fusileros que debían acertar una bala en cada uno de esos pechos, el sargento que los comandaba se acercó y comenzó a prender con alfileres, en el lugar del corazón, un disco de cartón blanco para que los soldados pudieran fijar sus puntos de mira... iba a bajar la espada en señal de “¡fuego!”, cuando Bernardo Otey dio una manotada sobre su corazón, arrancó el disco blanco y arrojándose por los ojos a los fusileros les gritó: -¡aprendan a disparar, mierdas! (108)

El pelotón arrojó las cinco balas sobre Otey dejando un lapso de tiempo en el que los otros cuatro huelguistas intentaron huir por la huella pero fueron alcanzados por las balas. Rivera alcanzó un caballo y cabalgó durante lo que quedaba del día hasta que, al amanecer, alcanzó al grupo de compañeros en el Paine que, “como en la Meseta de la Turba, volvió a reunirse en torno al amansador” (110). Allí inmortalizó a Otey, el chilote ignoto que ofreció su vida como tributo a la comunidad y cuyo recuerdo gravita en la mente de los sobrevivientes y de las generaciones posteriores. Otey es un hombre concreto, individual, un “fenómeno” singular. “Pero al mismo tiempo es un chilote y como tal representa a sus compatriotas... es un obrero... que tiene sentido o significación general” (Oldrich, 1965 [1999]: 19). Varas sugiere que “lo que Coloane nos relata, no es un ensayo histórico, sino a través de singulares experiencias... la formación de una sociedad humana en condiciones de rigor extremo, cuando el Estado y la justicia están lejos” (1998: 16), cuando la presencia estatal sólo se hace visible a través de las fuerzas represivas que defienden a la propiedad privada y a los capitales internacionales.

A modo de cierre

El cuento de Coloane, en tanto ficción literaria, remite a un proceso de duplicación que sobrepasa los hechos fácticos documentados por la historiografía. Tales hechos no sólo constituyen la base sobre la que el autor construye su relato sino que, además, son actualizados por las distintas voces que encarnan los personajes, entre las cuales subyacen las vivencias y las trayectorias del propio Coloane así como las de otros peones

rurales con los cuales convivió. De este modo, la ficción recrea tanto el testimonio personal, autobiográfico, como la memoria colectiva. Simultáneamente, el cuento desafía otros discursos sobre los mismos acontecimientos y, al singularizar a “los chilotes” en la figura de Otey —atribuyéndole un nombre y adjudicándole determinadas acciones, es decir, volviéndolo un sujeto particular— desenmascara los prejuicios que se han tornado “naturales”, autoevidentes.

Por otro lado, los conceptos antropológicos *liminalidad* y *communitas* me han permitido analizar el cuento de Coloane desde una perspectiva que problematiza la yuxtaposición de clivajes alternativos (clase, nacionales, regionales, étnicos y de género) cuya emergencia se ancla en los contextos enunciativos inmediatos así como en las coyunturas históricas particulares. De este modo, la *communitas* que en este caso apela a la pertenencia de clase —cuyo correlato se encuentra también en la alianza entre las fuerzas de seguridad de ambos países y los terratenientes, así como en el trato dado por los estancieros ingleses a sus compatriotas— se quiebra por la interpelación desde la nacionalidad. Las fronteras —aunque aparentemente porosas desde la geopolítica, lo social y lo económico— en estas instancias en las que prima la pertenencia a uno u otro estado nación, pierden flexibilidad tornándose un marcador de inclusión / exclusión cuya consecuencia inmediata es la xenofobia.

En el presente, lamentablemente, la situación continúa siendo desventajosa para los chilenos / chilotes como para los indígenas. Por un lado, el discurso hegemónico ha decretado la desaparición de los últimos amparándose en criterios

biologicistas contruidos sobre la idea de una supuesta "pureza racial". Por el otro, el prejuicio anti-chileno en la Patagonia Argentina no ha perdido vigencia y, aún en estos días, es posible ser testigo auditivo de la frase "chilote tenía que ser" —o de infinitas variedades con la misma carga peyorativa— que hierde los sentimientos de Otey desencadenando el punto de tensión del cuento. La paradoja consiste en que los trabajadores migrantes trasandinos fueron —y continúan siendo en el presente— la mano de obra barata para la explotación minera, la pesca, la construcción urbana, la fruticultura, la ganadería y el servicio doméstico convirtiéndose en un aporte fundamental para el desarrollo económico

de la región. Esta ficción presenta una historia alternativa, de transmisión oral, a través de la cual Coloane disputa el espacio simbólico a las elites locales que enaltecen a sus antepasados convirtiéndolos en figuras heroicas. De este modo, presiona a la categoría "pionero" —para incluir dentro de la misma a aquellos seres humanos negados, silenciados, asesinados en nombre de la paz, la civilización y el progreso— y cuestiona al discurso monoacentuado de un estado en formación que, al delinear su perfil del ciudadano ideal, propugnaba la exclusión de los sujetos reales cuya presencia en esas latitudes territoriales era un dato.

Bibliografía

- Althusser, Louis. 1988. *Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Anderson, Benedict. 1997. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones Sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Belic, Oldrich. 1999. "Prólogo". *Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. Pp. 5-25.
- Bayer, Osvaldo. 2002. *La Patagonia Rebelde*. Buenos Aires: Planeta.
- Borrero, José María. 1999. *La Patagonia trágica*. Buenos Aires: Peña Lillo y Ediciones Continente.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Braun Menéndez, Armando. 1969. *Pequeña historia magallánica*. Buenos Aires-Santiago de Chile: Editorial Francisco Aguirre.
- Brow, James. 1990. "Notes on Community, Hegemony, and the Uses of the Past". *Anthropological Quarterly* 63 (1): 1-6.
- Bustamante, Jorge A. 1998. *United Nations. Commission on Human Rights. Working Group of Intergovernmental Experts on the Human Rights of Migrants. Third Session*. Geneva, 23-27.
- Coloane, Francisco. 1999. "De cómo murió el Chilote Otey". *Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. Pp. 93-110.
- _____. 2000. *Los pasos del hombre. Memorias*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- DaMatta, Roberto. 1997. *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro: Rocco.
- Garcés, María Antonia. 2000. "'Yo he estado en Argel cinco años esclavo': Cautiverio y creación en Cervantes". *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Fundación Duques de Soria*. Vol 1. Ed. Florencio Sevilla y Carlos Alvar. Madrid: Castalia. Pp. 522-530.
- Gelbenzu, José María. 1999. "Introducción: 'Francisco Coloane o el espíritu de la escritura'. *Coloane. Cuentos completos*. Santiago de Chile: Alfaguara.
- Geertz, Clifford. 1990. "La revolución integradora: sentimientos primordiales y política civil en los nuevos estados". *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Grimson, Alejandro (comp.). 2000. *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus- La Crujía.
- Hardin, Richard. 1983. "'Ritual' in recent Criticism: The Elusive Sense of Community". *PMLA* 98 (5): 846-862.
- Hudson, Mirna. 2000. *El gran libro de la Provincia de Santa Cruz. Patagonia argentina*. Barcelona: Milenio- Alfa.
- Lafuente, Horacio. 1981. *La región de los césares. Apuntes para una historia económica de Santa Cruz*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Lenzi, Juan Hilarion. 1980. *Historia de Santa Cruz*. Buenos Aires: Alberto Segovia Editor.
- Moyano, María Clarisa. 1948. *Carlos Moyano. El explorador de la Patagonia*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Mansilla, Luis Alberto. 1996. "Introducción: Coloane cronista". *Velero Anclado. Crónicas*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- Oszlak, Oscar. 1982. "Desarrollo económico". *Revista de Ciencias Sociales* 84: 38-46.
- Oldrich, Belic. 1999. "Prólogo". *Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Payró, Roberto. 1898 [1982]. *La Australia Argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Portelli, Alessandro. 1993. "El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral". Gorge E. Aceves Lozano (compilador). *Historia oral*. México: UAM/ Instituto Mora. Pp. 195-218.
- Pratt, Mary Louis. 1987. "Linguistic Utopias". *Linguistics of Writing*. Eds. N. Fabb y A. Durant. Manchester: Manchester University Press.
- _____. 1996. "Apocalypse in the Andes: Contact Zones and the Struggle for Interpretive Power". *IDB Cultural Center*: 15.
- Quiroga, Horacio. 1987. *Quiroga por Quiroga*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.
- Rodríguez, Mariela. 2004. "Vestigios de *Facundo* en los relatos de tres viajes por la Patagonia". *Fronteras e identidades - Identidades e fronteiras. Civilización y barbarie - Sertão e litoral*. Eds. Klaus-Dieter Ertler y Enrique Rodrigues-Moura. Frankfurt: Peter Lang. Pp. 131-148.
- Trosset, Carol. 1988. "Welsh Communitas as Ideological Practice". *Ehtos* 16 (2): 167-180.
- Turner, Victor. 1995. *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. New York: Aldine de Gruyter.
- Van Gennep, Arnold. 1908 [1960]. *The Rites of Passage*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Varas, José Miguel. 1998. "Prólogo. Francisco Coloane, Narrador del mar y de la tierra firme". En: Coloane, Francisco. *El Témpano de Kanasaka y otros cuentos*. Santiago: Universitaria.
- Vidal, Virginia. 1991. *Testimonios de Francisco Coloane*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

